

El PCE y el PSOE en (la) Transición. Intelectuales, militantes y medios de comunicación ante la evolución ideológica de la izquierda

Juan Andrade Blanco

Universidad de Extremadura

Resumen: Durante la transición española a la democracia, el Partido Comunista de España y el Partido Socialista Obrero Español experimentaron una intensa evolución ideológica que les llevó a abandonar algunas señas de identidad de fuerte carga simbólica para su militancia. El propósito de este artículo es doble. Por una parte, consiste en determinar los factores nacionales e internacionales que incentivarían esa evolución. Por otra, se trata de analizar la contribución al respecto de los intelectuales de ambos partidos, la apasionada implicación de los militantes de base y el papel desempeñado por los medios de comunicación.

Palabras clave: PCE, PSOE, transición, evolución ideológica, militantes, intelectuales.

Abstract: During the Spanish transition to democracy, the Communist Party of Spain and the Spanish Socialist Working Party experienced a rapid ideological evolution. However, some of the identity hallmarks that had a strong meaning for their rank-and-file members were left on the way. On the one hand, this paper will try to clarify the national and international factors which explain this evolution. On the other hand, it analyses the contribution of intellectuals of both parties, the passionate involvement of their rank-and-file members, and the role played by the media throughout this process.

Keywords: PCE, PSOE, transition, ideological evolution, rank-and-file members, intellectuals.

Durante la transición a la democracia, los dos principales partidos políticos de la izquierda española experimentaron una intensa y acelerada transformación ideológica. El Partido Socialista Obrero Español pasó de la enfática afirmación de un socialismo de resonancias marxistas a la apuesta por una concepción menos formalizada que basculó entre la socialdemocracia y el liberalismo social; mientras que el Partido Comunista de España se distanció de la ortodoxia marxista-leninista para impulsar un nuevo fenómeno ideológico, el eurocomunismo, que entró en bancarrota a principios de los ochenta. La transición fue así un proceso de cambio político que entrañó al mismo tiempo cambios importantes en algunos de sus principales agentes, y de todos estos cambios, el que afectó a los imaginarios de la izquierda fue uno de los más acusados.

El presente artículo se basa en mi tesis doctoral y en él se exponen sus análisis principales refiriéndolos a la documentación que ha servido para fundamentarlos¹. El propósito del trabajo consiste en determinar los factores que incentivaron la evolución ideológica de la izquierda durante la transición y en analizar, al mismo tiempo, la contribución al respecto de los intelectuales de ambos partidos, la apasionada implicación de los militantes de base y el papel desempeñado por los medios de comunicación. Los estímulos a semejante cambio en los idearios de la izquierda se tratan de desentrañar atendiendo al desarrollo completo de la transición, mientras que la contribución de intelectuales, militantes y medios de comunicación a esa evolución ideológica se analiza atendiendo a dos de sus acontecimientos más elocuentes: la desestimación en 1979 por parte del PSOE de la definición «marxista» que se había dado por primera vez unos años atrás y el abandono en 1978, por parte del PCE, de su más longeva definición «leninista». El análisis diacrónico permite ver cómo las ideas de la izquierda se fueron modelando al calor de los conflictos sociales, políticos y culturales del proceso, mientras que los estudios sectoriales pretenden mostrar cómo la izquierda libró a nivel simbólico, en el ámbito de la construcción de los significados, esas batallas de la transición.

¹ Una versión adaptada de la tesis doctoral, defendida en marzo de 2010 en la Universidad de Extremadura, se publicó dos años después: Juan Antonio ANDRADE BLANCO, *El PCE y el PSOE en (la) transición. La evolución ideológica de la izquierda durante el proceso de cambio político*, Madrid, Siglo XXI, 2012.

Comunistas y socialistas en (la) transición

El PCE inició la transición siendo el partido más influyente en la lucha contra la dictadura, gracias a una estrategia pacífica de penetración en las fisuras del régimen y, sobre todo, gracias a su hegemonía sobre movimientos sociales tan originales como CCOO². Desde esta posición hegemónica, el PCE intentó forzar la Ruptura Democrática con el régimen: un proyecto que aspiraba a tumbar al gobierno heredero de Franco por la vía de la movilización social y a reemplazarlo por un gobierno provisional que gestionaría democráticamente el cambio. De ser así, el PCE pensaba que podría conquistar posiciones políticas desde las cuales platearse luego proyectos sociales más ambiciosos³. Obviamente el PCE era consciente de que no podría imponer esta ruptura por sí mismo, sino que necesitaría de la cooperación del resto de los partidos de la oposición democrática. Consciente de ello, el PCE lanzó en 1972 el Pacto para la Libertad⁴, una propuesta de alianzas nada fácil de llevar a cabo y que en 1974 cristalizó en la Junta Democrática de España, más tarde ampliada y reconvertida, con muchas correcciones derivadas del recelo del resto de los partidos hacia los comunistas, en Coordinación Democrática. No obstante, a finales de 1976 el partido tomó plena conciencia de que la oposición tenía el respaldo social suficiente para neutralizar el continuismo, pero que carecía de la fuerza necesaria para imponer la ruptura. Ante esta circunstancia, el PCE finalmente decidió sumarse al proyecto reformista de Adolfo Suárez⁵

² La bibliografía sobre la influencia del PCE en los movimientos sociales es ya amplia. Sirvan por ejemplo de referencia los trabajos compilados en Francisco ERICE (coord.): *Los comunistas en Asturias 1920-1982*, Gijón, Trea, 1996; los trabajos publicados al respecto en las actas de los dos congresos de Historia del PCE: Manuel BUENO *et al.*: *Actas del I Congreso sobre la historia del PCE*, vols. I y II, Madrid, FIM, 2007, y Manuel BUENO (coord.): *Comunicaciones del II Congreso del PCE. De la resistencia anti franquista a la creación de IU. Un enfoque social*, Madrid, FIM, 2007, o el trabajo más recientemente de Carme MOLINERO y Pere YSÁS: *Els anys del PSUC. El partit de l'antifranquisme (1956-1981)*, Barcelona, L'Avenc, 2010.

³ La última formulación teórica oficial de este proyecto se aprobó en el VIII Congreso, concretamente en el llamado Pacto para la Libertad: Santiago CARRILLO y Dolores IBÁRRURI: *Hacia la Libertad. Octavo Congreso del Partido Comunista de España*, París, Editions Sociales, 1972.

⁴ *Ibid.*

⁵ Esto no implica, como a veces se ha planteado desde algunas posiciones his-

para no quedar marginado del futuro sistema, planteando que, gracias a su concurso, estos procedimientos reformistas impuestos podrían conducir a los objetivos rupturistas deseados⁶, como si lo primero no comprometiera demasiado lo segundo y como si con ello no cambiara la propia posición del partido, que en virtud del fracaso de la ruptura dejó de ser el eje de la oposición a la dictadura para tener que negociar su propia legalización en unos términos bastante desfavorables. Como resultado de esta negociación, el PCE se incorporó al proceso reformista con su perfil ideológico en cierta medida desdibujado, al tener que renunciar a su republicanismo, y con su capacidad de maniobra limitada, al tener que asumir un compromiso tácito de contención para no justificar la reacción golpista de sectores de la dictadura, esgrimida con frecuencia por unos y otros a modo de chantaje. Por tanto, su particular entrada en el sistema político en construcción condicionaba en cierta forma su orientación ideológica.

Después de la legalización, el PCE concurrió a las legislativas de 1977 con la esperanza de rentabilizar electoralmente su hegemonía en la lucha contra la dictadura, pero sus expectativas se vieron frustradas. La dirección pensó que los modestos resultados se debieron sobre todo al peso de la imagen autoritaria y prosoviética que la propaganda enemiga le había confeccionado, y aprobó una nueva línea orientada, entre otras cosas, a romper esa imagen a golpe de

torigráficas, que Adolfo Suárez tuviera un proyecto de cambio plenamente definido, cuya finalidad preconcebida fuera el sistema político más tarde tipificado en la Constitución de 1978, que realmente fue resultado de la confrontación y el consenso entre fuerzas políticas que tenían ideas muy distintas de democracia. Lo que sí significa es que Suárez y, con él, muchos de los llamados reformistas del régimen tenían en mente un proyecto que, para preservar sus intereses y los de los grupos que los sostenían, y para no ser desbordado por la oposición, debía conseguir que España evolucionara hacia un sistema político aceptable para la comunidad europea, y que, pese a sus indefiniciones, tenía que desarrollarse sin entrañar una ruptura repentina con la legalidad anterior, aprovechando el dispositivo sucesorio establecido por Franco y bajo la tutela del Estado heredado. Es decir, debía impulsarse desde una posición de poder estatal desde la cual negociar en condiciones de fuerza con los influyentes partidos de la oposición. Es a esa dinámica procedimental, que obviamente condicionaba el contenido resultante del futuro sistema político, a la que, decimos, el PCE decidió sumarse después de hacer sus cálculos y valoración de fuerzas.

⁶ La justificación de este viraje se oficializó en «Tesis 1: Características del actual proceso de cambio», en *Noveno Congreso del PCE, Actas, debates, resoluciones*, Bucarest, PCE, 1978, p. 339.

gestos moderados, ya fuera desde el punto de vista de la práctica política, ya fuera desterrando señas de identidad ideológicas como el leninismo en su IX Congreso de abril de 1979⁷.

En este sentido, el abandono del leninismo fue concebido en cierta forma como un golpe de efecto mediático en clave electoral, en un tiempo en el que el partido hizo con frecuencia de su ideología un eslogan propagandístico. El abandono del leninismo fue una forma de teatralizar el distanciamiento con la Unión Soviética y un gesto simbólico orientado a contrarrestar la imagen de partido autoritario construida por sus adversarios. No obstante, esta propuesta no la hizo Santiago Carrillo en el vacío. Existía en el PCE una rica tradición de reformulaciones ideológicas que permitieron que esta propuesta cobrara sentido y pudiera arraigar, una tradición que terminó cristalizando, no sólo, pero sí fundamentalmente, en lo que se dio en llamar el eurocomunismo.

El eurocomunismo fue un fenómeno ideológico que cristalizó en la década de los setenta especialmente en España, Francia e Italia⁸. El eurocomunismo fue un intento de diseñar una estrategia nacional, democrática e institucional al socialismo para los países del capitalismo avanzado que defendía la posibilidad y la conveniencia de utilizar las instituciones liberales en la transición al socialismo y de respetar una parte sustancial de éstas en la propia sociedad socialista⁹. En este sentido, el eurocomunismo apostaba por una estrategia progresiva al socialismo a través de fases

⁷ Las conclusiones del Comité Central convocado para analizar las elecciones pueden verse en *Mundo Obrero*, 29 de junio de 1977, o en Santiago CARRILLO: «Democratización real de la sociedad y sus instituciones. Informe al pleno ampliado del CC del PCE (junio de 1977)», en *Id.*: *Escritos sobre eurocomunismo*, t. II, Zaragoza, Forma, 1977, pp. 55-82.

⁸ Distintas interpretaciones sobre los orígenes del eurocomunismo pueden verse en Pilar BRABO: «Los orígenes del eurocomunismo», en *VVAA: Sesenta años en la historia del PCE*, Madrid, FIM, 1980, pp. 198-200; Javier PÉREZ ROYO: «La génesis histórica del eurocomunismo», en *VVAA: Vías democráticas al socialismo*, Madrid, Ayuso, 1981, cap. 1; Santiago CARRILLO: *Eurocomunismo y Estado*, Barcelona, Crítica, 1977, pp. 141-147, o Manuel AZCÁRATE: *Crisis del eurocomunismo*, Barcelona, Argos-Vergara, 1982, p. 134. Muy recientemente y desde un punto de vista historiográfico se han ocupado sobre los orígenes, el alcance y el sentido del eurocomunismo los trabajos compilados por Emanuele TREGLIA sobre «Eurocomunismo», *Historia del Presente*, 18 (2011).

⁹ Véase la afirmación más solemne al respecto en «Comunicado conjunto de la Cumbre Eurocomunista de Madrid», en *El PC español, Italiano y Francés cara al poder*, Madrid, Cambio 16, 1977, pp. 256-257.

sucesivas, en cada una de las cuales se irían gestando las condiciones necesarias para enlazar de manera pacífica e irreversible con la siguiente, siendo la etapa bisagra entre la democracia liberal y el socialismo la denominada Democracia Política y Social¹⁰. La posibilidad de desarrollar esta estrategia pacífica se cifraba en las expectativas de democratización de un aparato estatal cada día más complejo y socializado, así como en la posibilidad de aglutinar en torno a un proyecto de cambio a todos los sectores sociales agredidos por el capitalismo en lo que entonces se llamaba la Alianza de las Fuerzas del Trabajo y la Cultura¹¹. El instrumento político para llevarla a término debería ser un frente progresista amplio y plural en el que el Partido Comunista renunciaría a desempeñar el papel de partido vanguardia en la acepción clásica del término¹². Todo ello remitía ineludiblemente a otra seña de identidad del eurocomunismo: su oposición más o menos abierta al modelo del denominado socialismo real, forzada por su necesidad de autonomía y por el descrédito de este modelo entre la clase obrera occidental. Distanciarse de la Unión Soviética era obligado para no hipotecar el proyecto del partido a los intereses de Estado soviético y para reforzar la credibilidad de su naturaleza democrática¹³.

Pero más allá de estas propuestas teóricas, el eurocomunismo fue, en el caso concreto del PCE, otras muchas cosas que se fueron poniendo de manifiesto al calor de su práctica cotidiana durante la transición. Efectivamente, la propuesta eurocomunista respondió en buena medida a la necesidad de renovación estratégica que tenían los partidos comunistas occidentales a la altura de los setenta, toda vez que la vieja retórica de la ortodoxia marxista-leninista no conducía a

¹⁰ «Tesis 6: La democracia política y social, etapa hacia el socialismo y el comunismo», en *Noveno Congreso del PCE...*, pp. 362-370.

¹¹ Santiago CARRILLO: *Eurocomunismo y Estado...*, cap. 2. Distintas interpretaciones sobre las alianzas sociales pueden verse en Armando LÓPEZ SALINAS: *La alianza de las fuerzas del trabajo y la cultura*, Zaragoza, Forma, 1977, y Nicolás SARTORIUS: «Los sujetos de la revolución y la política de alianzas. Reflexión acerca de la formación del bloque sociopolítico de progreso», en VVAA: *Vías democráticas al socialismo...*, pp. 197-205.

¹² «Manifiesto-Programa (II Conferencia Nacional del PCE, 1975)», en Dolores IBÁRRURI y Santiago CARRILLO: *La propuesta comunista...*, Barcelona, Laia, 1977, pp. 216-219.

¹³ Véase en este sentido el trabajo pionero del responsable de relaciones internacionales del partido, Manuel AZCÁRATE: «Sobre la política internacional del Partido Comunista Español», en *El PC español, italiano y francés...*, pp. 193-206.

ninguna parte. Pero, lejos de funcionar como una estrategia de largo alcance, funcionó con frecuencia como un instrumento legitimador del tacticismo cotidiano del partido. Un caso elocuente al respecto puede encontrarse en la firma de los Pactos de la Moncloa, unos acuerdos económicos de urgencia que la dirección del PCE, ante el resquemor que generaron entre muchos de sus militantes, se sintió obligada a justificar insistentemente como un paso consecuente en la estrategia de largo alcance del eurocomunismo¹⁴. Por otra parte, muchas de las limitaciones teóricas del eurocomunismo se debieron precisamente al hecho de que a veces éste fuera concebido, más que como una propuesta de acción a largo plazo, como un recurso propagandístico con el que proyectar una imagen más amable en los términos que le reclamaba la cultura política de sus adversarios. La tajante afirmación de que la construcción del socialismo no requeriría en ningún momento del ejercicio de la coacción entraba en contradicción con las experiencias del pasado y parecía demasiado arriesgada para referirse a un futuro que ni siquiera se vislumbraba¹⁵. En definitiva, el eurocomunismo suponía en la práctica una renuncia a la transformación radical de la sociedad en un momento en el que estos proyectos de transformación radical resultaban extraordinariamente complicados en un contexto marcado por el reparto de áreas de influencia de la Guerra Fría, pero una renuncia sublimada, sin embargo, en una estrategia especulativa de transición al socialismo que sirvió para justificar una línea política pragmática y moderada sin los problemas de conciencia que ello generaba en una cultura política donde el ideal revolucionario seguía ocupando un lugar importante.

En cuanto al PSOE, el franquismo representó para él un auténtico agujero negro. Esta decrepitud se debió, además de a la dura

¹⁴ Esta justificación desde el eurocomunismo se hizo expresa en las tesis oficiales del partido: *Noveno Congreso del PCE...*, pp. 359-361. También en declaraciones de sus dirigentes, «Entrevista con Manuel Azcárate», *Saida*, 15 (1978), pp. 22-23; «Entrevista a Santiago Carrillo en *Nuestra Bandera*», tomada de Jesús SÁNCHEZ RODRÍGUEZ: *Teoría y Práctica democrática del PCE (1956-1982)*, Madrid, FIM, 2004, p. 289. Y así lo han criticado militantes de entonces que luego han reflexionado sobre ello, como el historiador Josep FONTANA: «Los Comunistas ante la Transición», *Mientras Tanto*, 104-105 (2007), p. 30.

¹⁵ Esta crítica la hizo con ironía Manuel SACRISTÁN: «A propósito del Eurocomunismo», en *Intervenciones Políticas. Panfletos y Materiales*, vol. III, Barcelona, Icaria, 1985, pp. 20-21, o en un tono más doctrinal pensadores de la izquierda radical, VVAA: *Debates sobre eurocomunismo*, Madrid, Saida, 1977.

represión del régimen, a la rigidez táctica y a los prejuicios generacionales de su vieja dirección en el exilio, razones que explican su autoexclusión de los movimientos sociales de oposición a la dictadura¹⁶. Sin embargo, en 1972 los jóvenes del interior lograron hacerse con la dirección del partido para imprimir un cambio de rumbo que incluyó también la radicalización de su discurso. Esta radicalización llegó al paroxismo en la famosa Resolución Política de 1976, en la que el PSOE se definía como «partido de clase, de masas, marxista y democrático»¹⁷. La orientación de las tesis respondía a un marxismo esquemático y contradictorio en el que se daban cita postulados revolucionarios clásicos, préstamos de las heterodoxias radicalizadas de la Nueva Izquierda y, entre una cosa y otra, alguna orientación más típicamente socialdemócrata. Esta radicalización verbal se dio hasta cierto punto de forma natural. El contexto internacional de avance de la izquierda y crisis del capitalismo y el contexto nacional de lucha en la clandestinidad eran acicates para la contundencia ideológica de todas las izquierdas. El radicalismo era algo que entonces se respiraba en los ambientes más activos de oposición a la dictadura, donde la cultura política mayoritaria se movía dentro de los amplios parámetros del marxismo¹⁸. No obstante, el radicalismo verbal del PSOE también fue azuzado desde la dirección por razones tácticas que tenían que ver con la necesidad de afianzarse entre sus bases y de competir con

¹⁶ Explicaciones elaboradas pueden verse en José Luis MARTÍN RAMOS: *Historia del socialismo español*, vol. 4., Barcelona, Conjunto Editorial, 1989, pp. 180-195, y (sobre la rivalidad generacional) en Abdón MATEOS: *El PSOE contra Franco. Continuidad y renovación del socialismo español (1953-1964)*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 1993, pp. 435-438.

¹⁷ «Resolución Política del XXVII Congreso», 1976, Archivo de la Fundación Pablo Iglesias (AFPI), *Monografías, Órganos de dirección*.

¹⁸ Sobre el peso del marxismo en la cultura política del antifranquismo, véase Francisco FERNÁNDEZ BUEY: «Para estudiar las ideas olvidadas en la Transición», recuperado de www.upf.edu/materials/tccc/ce/2006/buey/tema1.doc. Sobre los efectos del contexto en el caso del PSOE, véase José Luis MARTÍN RAMOS: *Historia del socialismo...*, pp. 204-206. También en estos y otros factores contextuales y en su peculiar evolución durante la larga noche del franquismo ha puesto el acento Abdón Mateos para, desde los cambios operados al respecto, hablar de la evolución ideológica del socialismo español como un fenómeno más natural que forzado: Abdón MATEOS: «Una transición dentro de la transición. Auge, unidad y “conversión” de los socialistas», en Javier TUSELL y Álvaro SOTO (eds.): *Historia de la transición, 1975-1986*, Madrid, Alianza Editorial, 1996, pp. 216-236.

referentes de la izquierda más beligerantes, como el PCE y otros partidos socialistas¹⁹.

El caso es que el PSOE obtuvo muy buenos resultados en las elecciones de 1977 debido al carisma de Felipe González, al respaldo de la Internacional Socialista, a la pervivencia de la memoria de su glorioso pasado y a un discurso ambivalente que atraía a sectores desigualmente ideologizados. Desde esta posición intervino de forma muy hábil en la etapa del consenso, adoptando una combinación de firmeza y flexibilidad que le permitió participar en todos los acuerdos sin sufrir demasiado desgaste²⁰. Cuando en las generales de 1979 no consiguió los resultados esperados, pensó que eso se debió en buena medida al rechazo que generaban aquellos rasgos ideológicos más severos procedentes del antifranquismo, tanto más en la medida que eran capciosamente subrayados por sus adversarios. El PSOE concluyó que debía poner fin a sus excesos retóricos para atemperar el recelo de los poderes fácticos y los sectores moderados. Necesitaba, por tanto, un golpe de efecto que demostrara lo antes posible su verdadera voluntad, y esta garantía simbólica se terminó concretando en la renuncia al marxismo. El debate sobre marxismo produjo un cataclismo en el PSOE cuando Felipe González anunció que no se presentaría a la reelección después de que las bases reprobaron su iniciativa en el XXVIII Congreso en mayo de 1979. Sin embargo, el joven dirigente y su propuesta de moderación ideológica salieron fortalecidos de esta crisis, entre otras cosas porque esas mismas bases se sintieron huérfanas y culpables, y reclamaron su vuelta inmediata.

Intelectuales, militantes de base y medios de comunicación

Desde mediados de los sesenta, el PCE fue el partido más influyente en la intelectualidad democrática por razones que tienen que ver con los cambios operados en el perfil sociológico y cultural de

¹⁹ Estas motivaciones tácticas han sido subrayadas por Richard GILLESPIE: *Historia del Partido Socialista Obrero Español*, Madrid, Alianza Editorial, 1991, pp. 330-335 y 390-394, y Santos JULIÁ: *Los socialistas en la política española. 1879-1982*, Madrid, Taurus, 1997, pp. 508-512.

²⁰ Enric COMPANY y Francesc ARROYO: *Historia del Socialismo español*, vol. 5, Barcelona, Conjunto editorial, 1989, p. 23.

los propios intelectuales, con el revulsivo que representó para algunos de ellos la ignominia de la dictadura, con las tendencias científicas y culturales que se daban en los círculos académicos y con la propia política de captación y encuadramiento que diseñó el partido a partir de una estructura sectorial muy operativa. Avanzada la transición se produjo una profunda crisis de la militancia intelectual en el PCE, así como una cierta atracción de intelectuales al PSOE que, sin embargo, se expresó en formas menos masivas y más laxas de compromiso. Estos cambios se produjeron por la irrupción de nuevas tendencias culturales de cariz posmoderno que cuestionaban la noción misma de compromiso intelectual; porque muchos intelectuales dieron por concluido su compromiso cuando se restauraron las libertades; porque otros padecieron el desencanto por el incumplimiento de objetivos más ambiciosos y porque el propio PCE desmanteló parte de su organización sectorial y no supo dar cauce a la militancia de sus intelectuales en el nuevo contexto de institucionalización de la democracia²¹.

También en el caso de los intelectuales se puso de manifiesto una de las contradicciones que atenazó al PCE durante la transición: su incapacidad de rentabilizar de puertas adentro los avances realizados de puertas afuera. El PCE fue durante un tiempo el partido más influyente entre la intelectualidad democrática, pero no supo enriquecerse intelectualmente con su aportación. A pesar de la importancia que se les atribuyó en los documentos oficiales, el partido no promovió lo suficiente el trabajo teórico de sus intelectuales ni los resultados de ese trabajo se tomaron generalmente como referencia para diseñar la línea política. Por el contrario, la dirección se creyó en varias ocasiones autosuficiente desde el punto

²¹ Algunas de estas variables salieron a colación en dos actos organizados por intelectuales del PCE. Uno fue organizado por la Fundación de Investigaciones Marxistas y en él intervinieron, entre otros, Nicolás Sartorius, Manuel Vázquez Montalbán, José Jiménez o Rafael Ribó y se publicó en formato cuadernillo: *Los intelectuales y la sociedad actual*, Madrid, FIM, 1981. El otro fue la más masiva «Primera Asamblea de Intelectuales, Profesionales y Artistas del PCE. Documentos», enero de 1981, Archivo Histórico del PCE (AHPCE), *Fondo Fuerzas de la cultura (Intelectuales-Profesionales y Artistas)*, Carpeta 1.9, Caja 126. Desde una perspectiva historiográfica ese cambio de ciclo en el rol del intelectual al calor del proceso de transición ha sido analizado en el dossier editado en el número 81 de la revista *Ayer*, más concreta y sistemáticamente en Javier MUÑOZ SORO: «La transición de los intelectuales antifranquistas (1975-1982)», *Ayer*, 81 (2011), pp. 25-55.

de vista teórico e instrumentalizó con frecuencia las elaboraciones teóricas para justificar *a posteriori* su línea política. La dura trayectoria de guerra y clandestinidad del PCE, el ritmo frenético de la transición y la propia mentalidad de su núcleo dirigente fueron factores que dificultaron una integración provechosa de los intelectuales en el partido²².

Todas esas contradicciones se pusieron de manifiesto en el caso del debate sobre el leninismo. La mayor parte de los intelectuales no había reflexionado previamente sobre el tema y algunos de ellos se sintieron obligados a dar empaque teórico con posterioridad a una decisión que les cogió por sorpresa²³. Por otra parte, la cuestión del leninismo dividió a los intelectuales en los mismos términos que al conjunto del partido, aunque allí donde el debate fue más conflictivo, en el PSUC y en Asturias, muchos tuvieron un papel destacado en la oposición a la propuesta oficial²⁴. Las posiciones en torno a la cuestión del leninismo se dieron entre los intelectuales en función del significado que cada uno de ellos atribuyó al concepto. Esas posiciones se manifestaron en su versión más elaborada en los artículos que publicaron en las revistas teóricas de la época o en los encuentros que organizaron para discutir sobre ello *Nous Horitzons* o *Nuestra Bandera*, las revistas teóricas del PSUC y el PCE respec-

²² Algunas de estas críticas, que se pusieron de manifiesto en los dos eventos antes citados, ya se venían formulando. Véanse, por ejemplo, E. QUIRÓS [Jaime Ballesteros]: «Nuevas características y tareas en el frente teórico y cultural. Informe al VIII Congreso. 1972», AHPCE, *Órganos de dirección*, VIII Congreso, o las reflexiones en 1963 de Manuel SACRISTÁN: «Sobre los problemas de las organizaciones de intelectuales, especialmente la de Barcelona», *Mientras Tanto*, 63 (1995), p. 71, analizadas en Giaime PALA: «El intelectual y el partido. Notas sobre la trayectoria política de M. Sacristán en el PSUC», en Salvador LÓPEZ ARNAL e Iñaki VÁZQUEZ ÁLVAREZ (eds): *El legado de un maestro. Homenaje a Manuel Sacristán*, Madrid, FIM, 2007.

²³ Esto último lo reconoció expresamente Manuel AZCÁRATE: *Crisis del Eurocomunismo...*, p. 59.

²⁴ En el caso del PSUC, su Federación Universitaria se manifestó partidaria de la defensa de la definición leninista del PCE: Federación Universitaria del PSUC, «Resolución del ple de la federación universitaria del PSUC del 18-3-78 sobre la participación de la delegación del PSUC al IX Congreso del PCE», Archivo Nacional de Cataluña (ANC), *Fondos PSUC*, Caja 58. En el caso de Asturias eso puede comprobarse viendo la relación nominal de los 113 delegados que se salieron de la Conferencia de Perlorá con datos referentes a su perfil socio-profesional: «Documento de los 113», en «La crisis del Partido Comunista de Asturias. Documentos», *El Bascisco*, 6 (1979), p. 37.

tivamente²⁵. Para algunos intelectuales como Manuel Azcárate el leninismo era una perversión estalinista de las tesis de Lenin, elaborada para legitimar el modelo soviético y la tutela sobre los partidos comunistas. Para otros, como José Sandoval, Ernest García o Julio Segura, el leninismo era una estrategia de asalto al poder y transición al socialismo que las nuevas condiciones del momento habían vuelto obsoleta. Para otros, como Juan Trías, el leninismo era sobre todo un método útil de análisis de la realidad. Finalmente, para algunos, como Francisco Fernández Buey, Joaquín Sempere o Antoni Doménech, el leninismo era una tradición de lucha del movimiento obrero y un ejercicio autocrítico de afirmación revolucionaria frente a la actitud reformista de la socialdemocracia.

Sin embargo, el debate sobre el leninismo fue el catalizador de un debate más profundo acerca de la posibilidad de diseñar una estrategia viable al socialismo a finales de los setenta, en un momento en el que ese horizonte resultaba cada vez más lejano en la Europa occidental. En este debate se puso de manifiesto cómo el comunismo estaba basculando entre la afirmación de las viejas recetas de su pasado glorioso y la revisión eurocomunista, que en la práctica entroncaba con la tradición socialdemócrata. Sólo algunos intelectuales, como Manuel Sacristán, plantearon sin mucho eco en esos momentos la necesidad de explorar nuevos caminos ante los profundos cambios sociales que se estaban experimentando y al calor también de las contribuciones de los nuevos movimientos sociales feministas, pacifistas y ecologistas²⁶.

En el caso del PSOE, los intelectuales partidarios del marxismo, como Antonio García Santesmases y Elías Díaz, lo concibieron como ejercicio de afirmación de la finalidad socialista y un mé-

²⁵ El encuentro del PSUC moderado por Fernández Buey se publicó como dossier en «Leninisme Avui. Um debat amb Azcárate, Ellenstein i Gruppi», *Nous Horitzons*, 41 (1978). El encuentro de *Nuestra Bandera* en el que intervinieron Valeriano Bozal, Ernest García, José Sandoval, Julio Segura, Juan Trías, Manuel Azcárate, y Antoni Domech se publicó como dossier en *Nuestra Bandera*, 92 (1978).

²⁶ Ese debate se condensó en un interesantísimo cruce de cartas entre Daniel Lacalle y Manuel Sacristán, publicado en *Materiales*, 8 (1978), pp. 136-144. Las aportaciones más elaboradas y posteriores de Sacristán al respecto pueden verse en Manuel SACRISTÁN: *Seis conferencias. Sobre la tradición marxista y los nuevos problemas*, Barcelona, Viejo Topo, 2005, y están sintetizadas en Salvador LÓPEZ ARNAL: «Otra política fue posible», en Manuel BUENO (coord.): *Comunicaciones del II Congreso...*

todo de análisis de la realidad imprescindible para alcanzarla²⁷. Los detractores, como Luis García San Miguel o Ignacio Sotelo, plantearon que muchas de las tesis de Marx se habían evidenciado falsas o denunciaron el dogmatismo y las tendencias autoritarias que, a su juicio, habían inspirado²⁸. No obstante, sería ingenuo pensar que cuando en 1979 los intelectuales y militantes del PSOE estaban hablando de Marx estaban hablando realmente del viejo pensador germano. El debate sobre el marxismo fue en última instancia la expresión superficial de un debate más concreto sobre la política que podría desarrollar el partido si llegaba al gobierno en ese contexto incierto de crisis económica. Cuando los verdaderos términos del debate se hicieron expresos, como en el número especial que editó la revista *Zona Abierta*, se pusieron de manifiesto las verdaderas tendencias que se daban en el socialismo español y algunas de las medidas que más tarde se aplicaron desde el gobierno. Así, para Luis Gómez Llorente la crisis obligaba a desarrollar cambios estructurales en un sentido socialista, si los partidos socialistas no querían verse obligados a aplicar ellos mismos medidas impopulares de ajuste²⁹. Para Ludolfo Paramio las medidas de ajuste eran necesarias para reactivar la acumulación de capital y el crecimiento económico, pero podían aprovecharse, si se seguían las enseñanzas de Antonio Gramsci, para favorecer una solidaridad entre distintos sectores sociales que fortaleciera las bases futuras del socialismo³⁰. Para Maravall, esas medidas también eran inevitables, pero podrían conjugarse con un «reformismo fuerte» en ciertos ámbitos como el de la educación que sirviera para compensar los sacrificios³¹. En definitiva, el primero dio una orientación maximalista sin demasiadas precisiones. El segundo trató de justificar ideológi-

²⁷ Antonio GARCÍA SANTESMASES: «Las dos opciones del PSOE», *Zona Abierta*, 20 (1979), pp. 37-48, y Elías DÍAZ: «Marxismo y no marxismo. Las señas de identidad del Partido Socialista Obrero Español», *Sistema*, 29/30 (1979), pp. 211-232.

²⁸ Luis GARCÍA SAN MIGUEL: «Abandonar el marxismo, pero ¿qué marxismo?», *Sistema*, 32 (1979), pp. 129-134, e Ignacio SOTELO: «Socialismo y marxismo», *Sistema*, 29/30 (1979), pp. 15-26.

²⁹ Luis GÓMEZ LLORENTE: «En torno a la ideología y la política del PSOE (Conferencia pronunciada en la Federación Socialista Madrileña el 29/6/1979)», *Zona Abierta*, 20 (1979), pp. 23-36.

³⁰ Ludolfo PARAMIO: «¿Es posible una política socialista?», *Zona Abierta*, 20 (1979), pp. 77-88.

³¹ José María MARAVALL: «Del milenio a la práctica política: el socialismo como reformismo radical», *Zona Abierta*, 20 (1979), pp. 89-99.

camente desde el criterio de autoridad de los clásicos del socialismo revolucionario medidas de ajuste concebidas para procurar una salida puramente capitalista a la crisis. Y el tercero, aliviado de esa necesidad, intentó definir una nueva forma de política socialdemócrata en un momento en el que las recetas socialdemócratas de posguerra eran inviables.

Por su parte, los militantes de base de la izquierda vivieron con verdadera pasión las polémicas ideológicas de la transición y dedicaron buena parte de su tiempo a reflexionar acerca de su tradición doctrinaria. El militante de base no fue un autómatas ni el mero eslabón de una cadena de mando, sino un activista que procuró dar sentido a su acción en el plano simbólico, de manera ideológica. Por ello en nuestra tesis hemos intentado tipificar su universo de valores, conocimientos y actitudes, y sobre todo hemos procurado reconstruir su horizonte ideológico en el momento en el que lo expresaron de viva voz. Para ello hemos analizado las políticas de formación del militante diseñadas por las direcciones y, más especialmente, los testimonios que los militantes dejaron escritos en forma de cartas.

En el caso del PSOE, la formación del militante fue una de las acciones que acometió la nueva dirección de 1972 para reactivar al partido. Se trató entonces de una formación de corte radical más identitaria que práctica. Los contenidos centrales giraban en torno a la historia del movimiento obrero y a un marxismo bastante esquemático, mientras que escaseaban los análisis concretos sobre la situación española o la definición de una práctica cotidiana de oposición a la dictadura³². Esta orientación formativa se prolongó durante los primeros momentos de la transición y entró en declive a partir de la crisis del XXVIII Congreso. En concreto un análisis pormenorizado de las Escuelas de verano del partido pone de

³² Esta orientación se pone de manifiesto en los temarios y las bibliografías aprobados por la Secretaría de Formación y sobre todo en los materiales que ella misma elaboró. Véanse, por ejemplo, «Informe de la Comisión de Formación del Militante», julio de 1974, Archivo Comisión Ejecutiva del PSOE en el exilio, *S. de Formación*, o, como material concreto, PSOE-Secretaría de Formación: «El Marxismo I. Cuadernos de Formación del Militante»; AFPI, Monografías, Publicaciones Órganos Centrales de Dirección, *S. de Formación*, o ya en 1978 el material editado bajo el nombre «Carpeta N° 1: El Partido Socialista», 1978, AFPI, Monografías, Publicaciones Órganos de dirección PSOE-JSE, *S. de Formación*, donde se recomendaba la lectura de autores de tradición comunista o de la nueva izquierda como Marta Harnecker, Nicos Poulantzas o Ralph Miliband.

manifiesto cómo la formación del militante fue perdiendo su tono doctrinal y genérico en beneficio de una orientación más técnica y moderada³³. El cambio en la política formativa del PSOE fue un indicador del cambio en las aspiraciones del partido, no en el sentido de que la formación inicial estuviera orientada a educar a los militantes en la lucha inmediata por el socialismo y la del final de la transición pretendiera anular este propósito, sino en el sentido de que la formación inicial trataba de dotar de identidad a un partido que pretendía emparentar con los sectores más activos del antifranquismo y la formación del final de la transición fue pensada para un partido que había resuelto sus problemas de identidad en beneficio de una orientación más o menos socialdemócrata y se disponía a gestionar el gobierno, en principio, desde esos presupuestos. Como el cambio de aspiraciones se produjo en poco tiempo, las escuelas de formación funcionaron también como un instrumento en manos de la dirección para reciclar a una parte muy activa de la militancia que se había quedado con el paso cambiado.

En el caso del PCE, o más exactamente del PSUC, la formación del tardofranquismo que marcaría fundamentalmente a los militantes de la transición, se orientó sobre todo a proveer de conocimientos y destrezas para la lucha cotidiana contra la dictadura a activistas que estaban dirigiendo amplios movimientos sociales. Analizada la documentación disponible se pueden sacar varias conclusiones al respecto. En primer lugar, la formación de los comunistas se centró especialmente en análisis concretos sobre la situación económica, social y política española; así como en la transmisión de una línea política definida para intervenir sobre ella. Por el contrario, los contenidos doctrinarios, aunque siempre presentes, ocuparon un lugar secundario con respecto a éstos. En segundo lugar, los contenidos doctrinarios impartidos estuvieron bastante petrificados, en contraste con unos análisis y unas propuestas de acción que habían incorporado elementos novedosos a su formulación. En tercer lugar, en las escuelas de formación se acostumbró a situar esas teorizaciones novedosas bajo el patronazgo intelectual de los clásicos, en

³³ Esto se constata analizando los temarios, los materiales repartidos y los ponentes seleccionados, AFPI, Monografías, Escuelas de verano, Publicaciones de los Órganos de dirección PSOE-JSE. Sirva de ejemplo de esa evolución el cambio en las personas encargadas de dirigir las de 1976 a 1981: primero Luis Gómez Llorente, luego Ignacio Sotelo y finalmente José María Maravall.

concreto bajo inspiración de Lenin, lo cual contribuye a explicar el desconcierto que posteriormente generó en muchos la propuesta de abandonar el leninismo. En cuarto lugar, la base doctrinal impartida en las escuelas estuvo por debajo de la base doctrinal que una parte de la militancia había aprendido en las universidades, en otros espacios de la cultura o de manera autodidacta, y esta contradicción alimentaría también las tensiones ideológicas posteriores³⁴.

Pero donde más nítidamente se captan los idearios de los militantes del PCE y el PSOE es en las cientos de cartas que mandaron a sus órganos respectivos de expresión, *Mundo Obrero* y *El Socialista*, con motivo de la celebración de sus congresos, muchas de las cuales, la mayoría, no se publicaron por problemas de espacio y/o porque no encajaban en los criterios, también ideológicos, del periódico. Tanto en el caso del PCE como del PSOE, ambos periódicos sirvieron para potenciar las tesis oficiales³⁵. En el caso del PSOE, la mayoría de los militantes de base que se declaraban marxistas a la altura de mayo de 1979 no hicieron una consideración teórica del marxismo. Para ellos el marxismo representaba sobre todo una garantía de autenticidad socialista y de apuesta por un modelo de sociedad alternativo. El concepto de marxismo tenía para algunos militantes, especialmente para aquellos cuya formación intelectual era más básica, un sentido más simbólico que teórico-doctrinal, y es-

³⁴ Esta prioridad formativa puede verse por ejemplo en PSUC, «Temari de curs de formació política» y «Test d'orientació per a la formació política dels militants del PSUC», ANC, *Fons PSUC*, Formació, Base ideològica i formació política. El primer documento, de 1972, marcaba la orientación de la formación en ese sentido; con el segundo, probablemente de algo después, se trataba de asegurar que había surtido efecto en esos términos. El carácter petrificado de la formación más doctrinaria puede verse por ejemplo en PSUC: «Fundaments filosòfics del marxisme. El materialisme dialèctic», s.a. [mediados de los setenta], donde se recomendaba la lectura de autores del marxismo canónico soviético como Víctor Afanasiev, F. Konstantinov y Otto Kuusinen. La justificación de la nueva orientación con alusiones a obras de Lenin puede verse en «Esquema general», 1975, ambos también ANC, *Fons PSUC*, Formació, Base ideològica i formació política.

³⁵ En el caso del PCE, eso se comprueba comparando las cartas publicadas en la *Tribuna Abierta* en *Mundo Obrero* con motivo del IX Congreso, donde el respaldo a las tesis oficiales era mayoritario, con las más de doscientas cartas no publicadas que se conservan en el archivo del partido, donde la defensa expresa del leninismo era mayoritaria. En el caso de *El Socialista*, que no conserva las no publicadas, basta tomar conciencia de que en las publicadas eran mayoritarios los partidarios de las tesis oficiales, lo cual no guarda coherencia con la correlación de posicionamientos que se puso de manifiesto en el XXVIII Congreso.

taba tan arraigado en su imaginario como suelen estarlo los símbolos, en tanto que elementos fundamentales en la constitución de una identidad³⁶. La mayor parte de quienes defendieron el mantenimiento del marxismo lo hicieron desde los parámetros hegemónicos en la cultura política del antifranquismo. No obstante, este paradigma ideológico no era ni mucho menos hegemónico en el partido. En las cartas de la militancia se constatan actitudes orientadas a sofofocar un radicalismo que se consideraba disfuncional para los objetivos a perseguir y a desprenderse de esquemas ideológicos que se consideraban asfixiantes por sus niveles de exigencia o retóricos por su inviabilidad³⁷. Finalmente, algunos militantes consideraron que la discusión era, por abstrusa, gratuita y paralizante³⁸.

El debate sobre el leninismo produjo una agitación inusual entre los militantes del PCE. De hecho, fue la primera vez en mucho tiempo que una iniciativa de la dirección suscitó un amplio, aunque minoritario, rechazo. La oposición a la propuesta oficial fue más amplia y apasionada en aquellas organizaciones regionales o nacionales más fuertes y experimentadas, como Cataluña, Asturias y, en menor medida, Madrid y Valencia: organizaciones donde los mecanismos de poder de la dirección central estaban algo más limitados.

En el caso del PCE, el leninismo era para muchos un elemento identitario, muy arraigado en una tradición donde la identidad se afirmaba en torno a acontecimientos fundacionales y figuras emblemáticas y ejemplares. En este sentido, la Revolución Rusa, en tanto que acontecimiento fundacional, y Lenin, como su figura emblemática, eran las dos caras de un mismo referente identitario esencial. Desde estas claves se entiende el impacto que para muchos militantes, especialmente para algunos de los más vetera-

³⁶ Esto puede constatare en testimonios como Vicente ESCUDERO: «Primero, forjar el partido», *El Socialista*, 5 de agosto de 1979; Rafael JORDÁ MUÑOZ: «Aportación», *El Socialista*, 22 de julio de 1979, o Etlvino VEGA FERNÁNDEZ: «Palabras de un socialista», *El Socialista*, 2 de septiembre de 1979.

³⁷ Sirvan de ejemplo los testimonios de Luis SALAZAR: «El socialismo actual», *El Socialista*, 15 de julio de 1979; Santiago ARRES: «El buen camino», *El Socialista*, 5 de agosto de 1979, y Rodrigo LEÓN RAMOS: «La conquista del poder político», *El Socialista*, 12 de agosto de 1979.

³⁸ Jesús ESPARZA: «El marxismo, dentro, por el calor», *El Socialista*, 2 de septiembre de 1979; Alfonso G. DELGADO: «Aportación», *El Socialista*, 1 de junio de 1979, y M. PÉREZ GÓMEZ: «Los intelectuales que queremos», *El Socialista*, 19 de agosto de 1979.

nos, tuvo la propuesta de desestimación del leninismo³⁹. De igual modo, el fuerte sentido de la historia que se tenía en un partido como el PCE redundó en beneficio de la decisión. Renunciar al leninismo significó para algunos no sólo renunciar a los orígenes del movimiento comunista, sino a toda una trayectoria de lucha y sacrificios que había enarbolado esa bandera ideológica. El debate cobró por ello en algunos casos un tono bastante dramático, porque se trataba de un partido cuya historia estaba llena de episodios de sufrimiento y sacrificio⁴⁰.

Aunque en las cartas analizadas se puso de manifiesto que los partidarios del leninismo fueron más activos en la defensa de sus posiciones, fueron amplia mayoría quienes al final se pronunciaron a favor de la desestimación del concepto. Las razones que movilizaron fueron de distinto tipo, pero la más recurrente fue la que subrayaba la caducidad de las principales tesis leninistas, superadas, a juicio de muchos de los militantes, por las nuevas formulaciones que el propio partido venía realizando⁴¹. Finalmente, hubo una parte de la militancia que cuestionó el sentido y la oportunidad del debate. Para muchos afiliados se trató de una discusión abstrusa y ensimismada que absorbía energía y generaba división. Otros lo consideraron un debate mal planteado de antemano y falseado en su desarrollo que venía a desplazar la atención de otros asuntos más acuciantes⁴². En las cartas enviadas se puso de manifiesto, más allá de algunas resistencias, cómo la vieja consideración instrumental de la democracia liberal había sido reemplazada por una concepción más compleja que aspiraba a la socialización completa del poder, pero que entendía imprescindible para ello la preservación del entramado insti-

³⁹ Véanse, por ejemplo, los testimonios de Eduardo PÉREZ VILLARGA: «Carta a MO Tribuna IX Congreso», Barcelona, 22 de marzo de 1978, o Sebastián RUIZ MILENO: «Carta a MO Tribuna IX Congreso», Madrid, febrero-abril de 1978, ambos en AHPCE, Órganos de dirección, *IX Congreso*.

⁴⁰ Véanse, por ejemplo, los testimonios de Clemente TORRES BLÁZQUEZ: «Carta a MO Tribuna IX Congreso», Madrid, febrero-abril de 1978, AHPCE, Órganos de dirección, *IX Congreso*, y Dalmacio IGLESIAS CAMBLOR: «Sobre la tesis XV», *Mundo Obrero*, 9 al 15 de marzo de 1978.

⁴¹ Sirvan de ejemplo los testimonios de Joaquín GARCÍA MAYO: «La vía democrática», *Mundo Obrero*, 2 al 9 de marzo de 1978, y Dalmacio IGLESIAS CAMBLOR: «Sobre la tesis XV», *Mundo Obrero*, 9 al 14 de marzo de 1978.

⁴² Alba DEL VAL: «Carta a MO Tribuna IX Congreso», Rubí, 12 de marzo de 1978, y Manuel CAMIÑO TORRADO: «Carta a MO Tribuna al IX Congreso», febrero-abril de 1978, ambos en AHPCE, Órganos de dirección, *IX Congreso*.

tucional de los sistemas parlamentarios. Desde estos parámetros se entiende la actitud de los comunistas españoles hacia la Unión Soviética, a la que tanta alusión hacían sus adversarios de manera capciosa. En este sentido, para una escueta minoría, los sistemas del Este eran dictaduras autoritarias que había que condenar. Para una minoría más abultada la Unión Soviética y sus países satélites seguían siendo la verdadera patria del socialismo. Para la mayoría de los militantes se trataba, sin embargo, de sistemas escasamente democráticos modelados por las circunstancias históricas y muy distintos al modelo de socialismo que deseaban para España, por lo que sugerían un prudente distanciamiento no beligerante⁴³.

Las polémicas ideológicas de la izquierda no quedaron confinadas en las estructuras internas del partido, sino que fueron proyectadas a la sociedad a través de los medios de comunicación que proliferaron con la restauración de las libertades, si es que no fueron concebidas para ello. La prensa en concreto situó en el espacio público las reflexiones de la izquierda acerca de su tradición y sus proyectos, y, más allá de promocionar unos discursos frente a otros, generó un discurso propio al respecto. El análisis pormenorizado de la cobertura que periódicos como *ABC*, *La Vanguardia*, *Arriba*, *Diario 16* y *El País* dieron a los principales debates ideológicos del PCE y el PSOE en la transición permite sacar algunas conclusiones. La primera de ellas es que la prensa de masas favoreció el proceso de moderación de ambos partidos. Los periódicos analizados hicieron suyos, con matices importantes, el discurso del consenso que presidió la etapa central de la transición, penalizando duramente a quienes lo trasgredieron. La defensa del marxismo que salió victoriosa en el XXVIII Congreso del PSOE fue la expresión

⁴³ La reivindicación de la democracia en el sentido antedicho fue una constante que puede verse, por ejemplo, en José Miguel PAJARES: «Leninismo y eurocomunismo», *Mundo Obrero*, 6 al 12 de abril de 1978; Abel DOMÍNGUEZ: «Cortas reflexiones sobre un congreso», *Mundo Obrero*, 19 al 12 de abril de 1978, o Carlos BORASTEROS: «Eurocomunismo sí, leninismo también», *Mundo Obrero*, 16 al 22 de marzo de 1978. La resistencia a esta noción la manifestó, por ejemplo, Juan MILLÁN NAVARRETE: «No renunciar a los principios», *Mundo Obrero*, 2 al 9 de marzo de 1978. Posiciones prosoviéticas se pusieron de manifiesto en cartas como la de Julián GALVÁN: «Carta a MO Tribuna IX Congreso», Madrid, febrero-abril de 1978, AHPCE, Órganos de dirección, *IX Congreso*. La actitud de distanciamiento no beligerante se puso de manifiesto en las pocas alusiones a la Unión Soviética o expresamente en testimonios como G. ESPEJEL: «Países socialistas y ejército», *Mundo Obrero*, 6 al 12 de abril de 1978.

superficial del malestar de muchos militantes por el curso que estaba siguiendo el proceso. Por ello los periódicos concibieron la crisis como un desafío al modelo de transición que se estaba consolidando, y corrieron, con independencia de su perfil ideológico, en auxilio del sector encabezado por González en uno de los casos de unanimidad y apasionamiento más intensos de la transición. González fue presentado ante la opinión pública como el prototipo de político honesto dispuesto a renunciar por firmes convicciones éticas a su puesto de responsabilidad⁴⁴. Por el contrario, los críticos aparecieron como un grupo de irresponsables que había generado una crisis de envergadura en el partido que amenazaba con extenderse a todo el país, mientras que sus ideas fueron, en tanto que trascendieron los límites del consenso, desprestigiadas e incluso identificadas con planteamientos antidemocráticos. La disyuntiva marxismo sí o marxismo no, que en la práctica no era sino una disyuntiva entre socialismo y socialdemocracia, se traspuso en algunos de los periódicos que no venían de un pasado precisamente democrático, como *ABC* o *La Vanguardia*, como una disyuntiva entre el autoritarismo de corte soviético o la democracia en su acepción más básica⁴⁵.

⁴⁴ En su editorial *El País* afirmó que la dimisión de González estaba animada por «el deseo de coherencia y de respeto a los principios», algo, según el periódico, «poco usual en nuestro libidinoso panorama político», *El País*, 22 de mayo de 1979. El editorial de *Diario 16* afirmaba: «... La apuesta de Felipe tiene un peso de primer orden y concita el agradecimiento y la solidaridad de cuantos queremos para España la racionalidad y la democracia estable», *Diario 16*, 22 de mayo de 1979. En el pie de la foto a González de su portada, *ABC* afirmaba: «González forma parte de esa reducida categoría de políticos que anteponen la defensa de sus propias convicciones a la ambición del poder por el poder», idea reafirmada en su editorial: «... su lección de honestidad y coherencia es ya patrimonio de todos más allá de cualquier ideología», *ABC*, 22 de mayo de 1979.

⁴⁵ Expresiones como «los ultramontanos marxistas encabezados por Tierno, Bustelo y Gómez Llorente», *Diario 16*, 21 de mayo de 1979, fueron habituales en todos los periódicos. En cuanto a las ideas defendidas por los críticos, éstas fueron parodiadas del siguiente modo: «Al grupo encabezado por el senador Bustelo y a quienes apoyaron su abigarrada y disparatada fórmula ideológica, hay que echar en cara la obsolescencia teórica y la irresponsabilidad política de sus planteamientos. Los tonos y contenidos de sus discursos contienen demasiados retales de la oratoria del primer Lerroux o de Blasco Ibáñez y un exceso de marxismo de manual», *El País*, 22 de mayo de 1979. Las ideas de los críticos fueron en ocasiones identificadas sin más con planteamientos antidemocráticos: «Definirse y reafirmarse marxista supone elegir una línea de oposición radical a la sociedad plural en la que vivimos», *La Vanguardia*, 22 de mayo de 1979.

Por otra parte, los medios también tuvieron que ver con el declive del PCE en aquellos años. En la transición se experimentó una cierta virtualización de la política, por la cual ésta se desplazó en cierta forma del conflicto social al debate mediático, y eso fue tremendamente perjudicial para un partido como el PCE, que había enraizado su influencia en la conflictividad social y que no contó en la transición con la afinidad de ninguno de los grandes medios de comunicación. La actitud ante el PCE de los periódicos analizados se movió entre el virulento anticomunismo de diarios como *ABC* y la hostilidad más refinada de *El País*. Para el primero el PCE seguía siendo un peligro para la convivencia y un partido tutelado por la Unión Soviética: el viejo lobo totalitario disfrazado ahora de cordero eurocomunista. Para el segundo, el partido era un residuo del pasado que no respondía a las modernas tendencias de las sociedades europeas y cuyos tics autoritarios en su funcionamiento interno le invalidaban como portador de un proyecto de democratización de la sociedad. De igual modo ambos periódicos se esforzaron por vincular al PCE con el trágico recuerdo de la guerra civil, subrayando el hecho de que seguía dirigido por muchos de los líderes de entonces, en un ejemplo de que las alusiones a los incómodos pasados también se dieron a veces en la transición, sobre todo para referirse al partido que precisamente más había luchado contra la dictadura⁴⁶.

Fin de ciclo y factores del cambio

A partir de 1980 el PCE sufrió una profunda crisis interna que explica en buena medida su autoliquidación política en la transición. La crisis se expresó en tres conflictos que surgieron de ma-

⁴⁶ En el caso de *ABC* véase, por ejemplo, el editorial de 21 de abril de 1978. En el caso de la cobertura dada por *El País* es esclarecedor, en cuanto a la imagen del PCE, el editorial de *El País*, 23 de abril de 1978. Las alusiones al pasado de los dirigentes del PCE fue el asunto central de un editorial de dos días antes, en el que el diario reaccionaba a una declaración de Carrillo en el IX Congreso en la que dejaba entrever la vinculación con la dictadura de algunos de sus miembros: «Es un motivo de reflexión que el único partido a cuyo frente continúan hombres asociados con la guerra civil sea precisamente el que más se ha esforzado en su propaganda por borrar de la memoria colectiva ese sangriento conflicto», *El País*, 20 de abril de 1978.

nera sucesiva y que terminaron solapándose hasta conducir a una situación ingobernable: la crisis del PSUC en su V Congreso, el conflicto que partió en dos al EPK y el movimiento de contestación interna desatado por los eurorenovadores⁴⁷. La crisis general que atravesó el PCE fue, en cierta medida, de tipo ideológico. Las diferencias ideológicas en el PCE eran muchas debido a la pluralidad de culturas militantes que había en su seno, derivadas a su vez de los distintos momentos y vías de ingreso en el partido y de los diferentes espacios de militancia en él. Esta pluralidad ideológica se vino regulando gracias a la cohesión que imponía la lucha contra la dictadura, pero el nuevo contexto político de libertades disolvió este elemento de cohesión. Además, la diversidad ideológica se tornó aún más conflictiva cuando la dirección intentó oficializar su visión del eurocomunismo a marchas forzadas, lo que generó el rechazo de sensibilidades muy distintas. Así, para los llamados eurorenovadores el eurocomunismo, en la versión oficial impuesta por la dirección, se quedaba corto; para los sectores más ortodoxos y prosoviéticos la propuesta iba demasiado lejos; y para otros, como por ejemplo para los denominados leninistas, era descartable por su ambigüedad y falta de rigor.

Sin embargo, el verdadero trasfondo de la crisis del PCE fue la situación de insatisfacción en la mayoría de la militancia, y esta insatisfacción se debió a varias razones. Se debió a la impotencia resultante de un proceso al que el partido había contribuido con sacrificios y concesiones apenas recompensados. Se debió también a la constatación del declive orgánico que venía sufriendo el partido, concretado en la salida de militantes y en la pérdida de arraigo social en virtud de una orientación que pasó a primar el trabajo institucional por encima del trabajo en los movimientos sociales. Se debió igualmente a la incapacidad del partido de dar cauce en la democracia a las potencialidades de muchos de sus militantes, habida cuenta de los escasos cargos institucionales conquistados. Se debió también a la falta de democracia interna resultante en buena medida del choque entre una dirección que seguía practicando el dirigismo y el consiguismo de antaño, y una generación de activistas

⁴⁷ Estas crisis han dado lugar a una amplia literatura de tipo periodístico o testimonial. Sirvan de ejemplo, Gregorio MORÁN: *Miseria y Grandeza del Partido Comunista de España, 1939-1985*, Barcelona, Planeta, 1986, o Pedro VEGA y Peru ERROTETA: *Los herejes del PCE*, Barcelona, Planeta, 1982.

que venía practicando formas más flexibles y participativas de funcionamiento. Y se debió, especialmente, a la exasperación de una militancia fundamentalmente obrera que estaba sufriendo los estragos de la crisis económica⁴⁸. El caso es que esta situación de malestar y frustración encontró la confrontación ideológica o, muchas veces, se expresó a través de ella⁴⁹. Los conflictos se agravaron entonces engullendo al propio partido, que en las elecciones de 1982 obtuvo unos resultados catastróficos. Progresivamente el eurocomunismo fue desapareciendo como orientación oficial del partido en la primera mitad de los ochenta porque muchos de sus principales valedores fueron expulsados o se pasaron al PSOE, porque para otros el eurocomunismo había inspirado la práctica política que condujo a la debacle del 82 y porque para quienes no pensaban así el fenómeno estaba públicamente asociado al agrio recuerdo de aquellos años.

Después de su congreso extraordinario varios acontecimientos precipitaron el éxito electoral del PSOE, favoreciendo aún más su moderación ideológica. La descomposición del partido comunista dejó al PSOE sin un rival consistente por la izquierda, lo cual despejó más su camino hacia el centro. Por su parte, el 23F reavivó los valores de cambio y seguridad en torno a los cuales se había movido la mayoría del electorado y el PSOE supo conjugar en su discurso ambos polos, ocupando en las elecciones de 1982 el espacio político que la UCD había dejado al descubierto y proyectando una imagen de unidad y firmeza de la que carecía en esos momentos la coalición.

⁴⁸ Algunas de estas razones han sido también objeto de desarrollo en los trabajos de Rubén VEGA: «El PCE asturiano en el tardofranquismo y la transición», en Francisco ERICE (coord.): *Los comunistas en...*, pp. 185-188, o referido al tema de la crisis económica, Giaime PALA: «El PSUC hacia adentro. La estructura del partido, los militantes y el significado de la política (1970-1981)», en íd. (ed.): *El PSU de Catalunya, 70 Anys de Lluita pel Socialisme. Materials per a la història*, Madrid, FIM, 2008, pp. 189-201.

⁴⁹ Fue en este sentido en el que Gregorio López Raimundo, a la sazón presidente del PSUC, planteó que el eurocomunismo se había convertido en el chivo expiatorio del malestar de los militantes obreros por la crisis económica; Gregorio LÓPEZ RAIMUNDO y Antonio GUTIÉRREZ DÍAZ: *El PSUC y el eurocomunismo...*, p. 53; pero también fue en este sentido en el que Manuel Sacristán vino a decir que el rechazo se produjo porque las bases habían identificado a la dirección y a su línea política con la salida que desde los parámetros del capitalismo se estaba dando a la crisis.

En estas circunstancias, el PSOE dio un nuevo giro a su discurso, que pasó a descansar en la propuesta de consolidar la democracia tal y como había sido tipificada en la Constitución y de modernizar las anquilosadas estructuras del país sin mayores alusiones a contenidos socializantes. Poco a poco los problemas del país pasaron de expresarse en términos de conflictos de intereses sociales contrapuestos que exigían la toma de partido para plantearse en ocasiones como problemas resolubles por la pericia técnica. En estos momentos no hubo solemnes declaraciones de principios ni tratados ideológicos más o menos oficiales y en los escritos e intervenciones de los dirigentes el socialismo dejó de aparecer como un objetivo preciso a largo plazo para referirse a una práctica cotidiana orientada por unos principios muy genéricos⁵⁰. El último viraje ideológico del PSOE se expresó en su apuesta por la permanencia en la OTAN. Este cambio de actitud tuvo una importante carga simbólica, porque la política de no alineamiento había sido una señal de identidad fuerte de la izquierda desde los tiempos del antifranquismo⁵¹.

El análisis de la trayectoria de ambos partidos en nuestra tesis doctoral permitió construir una propuesta explicativa a esta peculiar evolución ideológica de la izquierda durante la transición. La idea central es que este cambio ideológico se debió a una multitud de factores que se retroalimentaron intensamente y que cabe agrupar en tres planos: el contexto internacional de crisis económica, la propia dinámica política de la transición y los cambios en la composición y vida interna de los partidos. En cuanto al contexto internacional, conviene tener en cuenta que tanto la izquierda socialdemócrata como la izquierda comunista europeas habían definido sus expectativas y su práctica política en el periodo de crecimiento económico que siguió a la Segunda Guerra Mundial. Fue en ese con-

⁵⁰ Este discurso más aséptico doctrinalmente, en algunos momentos tecnocrático, se puso de manifiesto en distintos registros: en las intervenciones públicas de sus dirigentes, como en Felipe GONZÁLEZ: «Discurso de investidura al Congreso de los Diputados», 30 de noviembre de 1982. Recuperado de Internet (<http://www.la-moncloa.es/recursos/la-moncloa/paginaImprimir.html>); en los escritos de sus responsables de economía, como Miguel BOYER: «Un plan económico a medio plazo», *Dirección y Progreso*, 67 (1983), o en otros de mayores pretensiones políticas, como Javier SOLANA: «La alternativa socialista», *Leviatán*, 9 (1982).

⁵¹ Un análisis detallado sobre el cambio de posición del PSOE al respecto en Antonio GARCÍA SANTESMASES: *Repensar la izquierda. Evolución ideológica del socialismo en la España actual*, Madrid, UNED-Anthropos, 1993.

texto en el que forjaron su nueva identidad sobre la base social de una clase obrera más o menos compacta y sobre la perspectiva de gestionar o superar el Estado de bienestar. En España, por el contrario, la naturaleza profundamente autoritaria y antisocial del régimen había impedido que la izquierda disfrutara de una trayectoria semejante. En este sentido, las esperanzas que la izquierda tenía en el proceso democratizador eran muchas: de lograrse podría afianzar su influencia en la clase obrera, impulsar en el país un verdadero Estado de bienestar o incluso plantearse desde ahí proyectos sociales más avanzados. Pero este escenario en el que la izquierda había definido sus expectativas se vino abajo por efecto de la crisis económica justo en el momento en el que en España se estaba construyendo el nuevo sistema político, y ello cerró por lo pronto la posibilidad de desarrollar el programa socialdemócrata tal como se había desarrollado en la Europa de las últimas décadas: sin aplicar una fiscalidad demasiado progresiva y sin modificar las relaciones de propiedad⁵². Este contexto explica en buena medida el acelerado proceso de moderación ideológica del PSOE ante la posibilidad de ocupar el gobierno. Como se ha visto en el caso de los debates de los intelectuales, el PSOE llegó a la conclusión de que las medidas de ajuste y austeridad serían imprescindibles, por lo menos para volver a una etapa de crecimiento en la que se podría retomar el programa socialdemócrata. Sus cambios ideológicos estuvieron motivados en gran medida por la necesidad de legitimar y racionalizar esta futura acción de gobierno.

La crisis económica tuvo efectos brutales para el PCE que se expresaron también a nivel ideológico. La crisis funcionó en algunos momentos como un factor de moderación para el partido de Santiago Carrillo. Detrás de la firma de los Pactos de la Moncloa hubo razones de carácter táctico, pero también la sujeción a unas medidas que se entendieron inevitables para recuperar la senda de un crecimiento económico desde el cual desarrollar posteriormente las acciones prescritas en sus grandes estrategias. No obstante, los efectos de la crisis fueron ambivalentes, pues en otros casos la crisis radicalizó las posiciones de buena parte de los militantes que estaban su-

⁵² Buenas síntesis al respecto en Donald SASSOON: *Cien años de socialismo*, Barcelona, Edhasa, 2001, cap. 6, y, sobre el caso de España, pp. 672-683, y Geoffrey ELEY: *Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa. 1850-2000*, Barcelona, Crítica, 2002, caps. 23-24, y, sobre España, pp. 418-423.

friendo sus estragos, lo que les llevó a exigir una acción más contundente de la dirección al respecto, como se puso de manifiesto durante los distintos episodios de los conflictos internos expuestos. Más allá de eso, la crisis y la salida que se dio a la crisis sacudieron los cimientos sobre los que descansaba la consistencia del PCE, pues modificó las formas de organización del trabajo e introdujo cambios consecuentes en la composición sociológica y en los patrones culturales de la clase obrera. Semejantes cambios exigían una revisión de toda la práctica comunista que no se supo acometer o que no llegó ni a concebirse. Además, todos estos cambios terminarían favoreciendo la desestimación formal del eurocomunismo a principios de los ochenta. La nueva etapa que se abría de deslocalización de los procesos productivos, desregulación de los mercados y devaluación del papel económico de las instituciones públicas aceleraría el envejecimiento de la propuesta eurocomunista en tanto que vía nacional al socialismo que sobredimensionaba las posibilidades ofrecidas por el Estado. El eurocomunismo fue una estrategia al socialismo elaborada para un escenario que ya estaba en declive.

Por otra parte, tanto la forma como los contenidos de la transición fueron un acicate para la medida ideológica de la izquierda. La transición provocó importantes cambios de posición de los distintos partidos a medida que el nuevo sistema se iba configurando. Estos cambios posicionales animaron al cambio de objetivos que los partidos se habían propuesto inicialmente y estimularon consecuentemente mutaciones en los presupuestos ideológicos que venían a justificarlos o racionalizarlos. El caso del PSOE fue paradigmático, pues pasó en muy poco tiempo de ser una fuerza poco influyente del antifranquismo a convertirse en alternativa de gobierno en el nuevo sistema democrático. Si en un principio declararse marxista resultó útil para identificarse con una oposición ideológicamente beligerante, renunciar al marxismo resultó ser un gesto provechoso para atemperar los recelos de los poderes fácticos y ganar las elecciones a partir de un electorado en gran medida moderado. En la misma línea, el PSOE radicalizó su discurso en el tardofranquismo para rivalizar con un PCE socialmente influyente y no ceder espacio ideológico al resto de los partidos socialistas que se reclamaban marxistas. Cuando el PCE pasó a ocupar un lugar secundario en el nuevo escenario democrático y el resto de los partidos socialistas se desvanecieron o integraron en el PSOE, los dirigentes de este par-

tido forzaron la moderación de su discurso para atraerse a los cuadros y bases socialdemócratas de UCD.

Desde su arranque, la dinámica de la transición ejerció una tentación constante a la mesura. El fracaso de la ruptura democrática llevó a la izquierda a negociar con el gobierno los términos de su propia integración en el futuro sistema. La dinámica reformista funcionó en este sentido como un filtro ideológico, que no explica por sí mismo la posterior evolución ideológica del partido, pero que sí le orientó en una dirección que más tarde fue recorriendo por intereses tácticos e incitado por todos los factores contextuales, tanto nacionales como internacionales, que se señalan. El PCE, por ejemplo, sufrió una importante coacción ideológica para obtener la legalización, en virtud de la cual tuvo que neutralizar su identidad republicana, entendida no sólo como un posicionamiento relativo a la forma de Estado, sino como una cultura política asociada a ese posicionamiento. Posteriormente, el fenómeno del consenso redundó más en beneficio de la moderación, pues si el ejercicio del gobierno por parte de la izquierda suele sofocar sus pulsiones radicales, el consenso, en tanto que forma indirecta de gestión institucional, tuvo efectos incluso más severos sobre la izquierda española. Los factores de tentación moderadora consustanciales a todas las democracias liberales vieron multiplicados sus efectos sobre la izquierda en la transición, porque a la lentitud natural de toda administración se sumaba aquí su ocupación por funcionarios todavía afectos al viejo régimen y porque a la presión obstruccionista habitual sobre las iniciativas de izquierda de los poderes fácticos en las democracias occidentales se sumaba aquí el chantaje golpista de las Fuerzas Armadas. Inevitablemente los partidos de la izquierda tuvieron que ir adecuando su discurso y sus formulaciones doctrinarias a esas constricciones que habían asumido. Además, el consenso generó también un discurso de excepción orientado a legitimar esas prácticas políticas del momento, en el cual se difuminó una parte de la identidad ideológica de las izquierdas, y generó, como se ha visto en el caso de los medios de comunicación, mecanismos de inhibición para los planteamientos que pudieran desbordarlo.

Durante el proceso, el PCE y el PSOE se animaron mutuamente en sus respectivos procesos de moderación ideológica. En el nuevo sistema de competencia entre partidos, el giro moderantista de cualquiera de ellos venía a favorecer un corrimiento ideológico de

conjunto. Así, cuando el PCE, el partido situado más a la izquierda del arco parlamentario, escoró en sentido contrario, el PSOE, aquel que lindaba inmediatamente a su derecha, se sintió más libre para desplazarse hacia el centro, al tiempo que ese desplazamiento reforzaba aquel otro. La renuncia al marxismo en el PSOE fue en cierta forma un movimiento reflejo del abandono del leninismo en el PCE. Finalmente, las crisis tanto por la derecha como la izquierda de sus principales rivales despejó el terreno para que el PSOE acometiera los giros ideológicos que reclamaba la conquista de un poder que ya tenía al alcance de la mano.

Como se ha señalado en el caso de los medios y se puso de manifiesto en los debates internos de los partidos, la memoria histórica de la guerra civil funcionó como un factor añadido de moderación política e ideológica⁵³. El recuerdo de los tiempos de la guerra, muy mediatizado por cuarenta años de intensa propaganda franquista, llevó a una parte importante de la sociedad a rechazar durante la transición aquellas actitudes que se prestaran —aunque fuera previa manipulación— a comparación con las de aquellos tiempos dramáticos, sobre todo si quienes las protagonizaban eran personas que habían participado en la contienda⁵⁴. En el caso del PCE, la continuidad al frente de la dirección de quienes lucharon en la guerra fue una hipoteca que el partido intentó contrarrestar también a golpe de gestos moderados.

Finalmente, el cambio ideológico que experimentaron ambos partidos tuvo mucho que ver con los cambios en su configuración sociológica, con las tensiones entre las distintas culturas militantes que convivían en su seno y con el modo en que se libraron los debates internos. Los cambios doctrinarios en el PCE y el PSOE no fueron el efecto mecánico y necesario de factores exógenos relativos a las estructuras sociales y a la dinámica política, sino que fueron producto de los combates ideológicos que los militantes, cuadros y dirigentes —insertos en ese contexto y condicionados por él— li-

⁵³ En este sentido, Santiago Carrillo trataba de zafarse de esa capciosa asociación insistiendo precisamente en que la imagen de renovación del partido la garantizaban sobre todo su proyecto y su práctica cotidiana: Santiago CARRILLO: «Informe al pleno ampliado del CC del PCE (Junio 1977)», en *id.*: *Escritos sobre eurocomunismo...*, p. 69.

⁵⁴ La producción sobre el peso de la memoria de guerra civil en el transición es ya amplia. Sirva de ejemplo el trabajo pionero de Paloma AGUILAR: *Memoria y olvido de la Guerra Civil Española*, Madrid, Alianza Editorial, 1996.

braron dentro del partido. En el caso del PCE, buena parte de las iniciativas de revisión ideológica de la dirección lograron imponerse porque sintonizaban con las tendencias de una parte importante de la militancia, porque otra parte de la misma seguía presa del viejo principio de la disciplina interna y porque el influyente aparato de partido se movilizó a conciencia en esa dirección. Sin embargo, las diferencias se desataron cuando quienes compartían los contenidos de las propuestas oficiales empezaron a cuestionar la forma de imponerlas, cuando los discrepantes agotaron su capacidad de tolerancia y cuando se quebró la cohesión dentro de la propia dirección que controlaba el aparato del partido.

En el caso del PSOE, las tesis moderadas de la dirección triunfaron porque fueron defendidas desde una posición de poder, pero también porque estaban enraizadas en buena parte del sustrato sociológico del partido. En cuanto a lo primero, la dirección socialista movilizó a conciencia todo el aparato del partido (como se ha visto en el caso de los órganos de expresión y los instrumentos formativos) para hacer valer entre la militancia sus orientaciones, y se vio respaldada en este empeño por buena parte del aparato mediático nacional. En cuanto a lo segundo, la moderación del PSOE se debió en buena medida al desplazamiento de que fueron objeto los escasos militantes formados en la cultura política del antifranquismo por parte de los nuevos militantes que estaban entrando a raudales y que respondían a un perfil ideológico más laxo y comedido⁵⁵. Fue la combinación de ambas cosas la que permitió que las batallas internas se saldaran con la marginación de las posiciones más beligerantes.

El desenlace de la trayectoria de los dos principales partidos de la izquierda en la transición fue llamativo. Ambos acometie-

⁵⁵ Este cambio acelerado en la composición sociológica del PSOE fue constatado en una amplia encuesta encomendada por el propio partido a un equipo encabezado por José Félix Tezanos. Grupo Federal De Estudios Sociológicos-Secretaría De Organización: «Los afiliados socialistas. Resultados de una encuesta a los afiliados del PSOE. Mayo 1981», AFPI, *Sec. de Organización*, Publicaciones de los órganos de dirección PSOE-JSE, Monografías. Este cambio se puso notoriamente de manifiesto en la composición de los delegados al XXVIII Congreso y al Congreso Extraordinario en el que precisamente se impuso un cambio en la orientación ideológica. Que entre un congreso y otro mediaran apenas unos meses pone de manifiesto que el cambio también fue estimulado desde la dirección. José Félix TEZANOS: «Radiografía de tres congresos (1979-1981)», en ID.: *Sociología del socialismo español*, Madrid, Tecnos, 1983, pp. 135-147.

ron un profundo proceso de cambio y moderación ideológicos y, sin embargo, ambos terminaron el proceso de manera inversa a como lo habían iniciado: el PCE siendo una fuerza desnaturalizada y marginal, y el PSOE con sus problemas de identidad resueltos y con una abrumadora mayoría absoluta. El caso es que estas trayectorias nunca estuvieron prefiguradas, sino que se fueron tejiendo al calor de un contexto internacional complejo, de una dinámica política nacional muy agitada y de convulsas batallas internas. La izquierda contribuyó de manera determinante a la transición política española y esta contribución entrañó al mismo tiempo su propia metamorfosis.